

Mario C. Casalla*

EL OMBLIGO DEL SUEÑO Freud y los dilemas de la interpretación

Hay libros que terminan imponiéndose a sus propio autores y aun al rechazo de sus primeros lectores. Vencen las resistencias de ambos y se siguen editando y leyendo. No son muchos, es cierto, pero los hay y generalmente terminan convertidos en 'clásicos'. Lo cual por cierto no garantiza demasiado, ni en cuanto a su comprensión profunda, ni al uso y abuso de citas que de ellos se hacen.

Die Traumdeutung es uno de ellos. Sin dudas que, como decididamente lo quiso Freud, es un clásico del siglo XX y sus aportes al pensamiento contemporáneo superan largamente el horizonte de su propia disciplina (la psicopatología). Más aún, no se lo comprende cabalmente sino en el ámbito de una nueva que en él mismo queda precisamente constituida: el *Psicoanálisis*. Resulta entonces a la vez, hijo y uno de los padres de su propia tiempo, de nuestro tiempo. En cualquier caso una referencia inexcusable.

Es también como dijimos, una de las obras que terminan imponiéndose al rechazo de su primer público y a las prevenciones ulteriores de su propio autor. Porque no se trató entonces ni de un éxito de librerías, ni de un libro definitivo en el *opus* freudiano. Entre la primera edición (1900) y la segunda

* Universidad de Buenos Aires.

pasaron nueve largos años de silencio (al parecer en los seis primeros apenas se vendieron 350 ejemplares). Tanto es así que en el "Prólogo a la Segunda Edición" (1908) Freud - inocultablemente molesto- no agradece a nadie y sólo expresa su "reconocimiento hacia esos vastos círculos de *personas cultas y ávidas de saber*", que al parecer fueron los que muy lentamente agotaron la primera edición. A sus colegas los psiquiatras y a los "filósofos de profesión" nada, a no ser palos y reproches.

Tan indignado estaba que, en un "Apéndice de 1909", después de señalar que no se había tomado el trabajo de leer "la bibliografía aparecida entre la primera publicación de este libro la segunda edición", dice con todas las letras (y furia incontenible por lo visto): "Si en la ciencia existiera un *derecho a la revancha* (sic), tendría yo plena justificación para desdeñar a mi vez la bibliografía posterior a la aparición de mi libro¹. Recién en un "Apéndice de 1914", se nota que la disposición de los especialistas ha cambiado y que la obra "ya no es descuidada en la literatura". Casi una década y media para ser reconocida y, de allí en más, permanentes polémicas y respuestas pasionales que la harán crecer incesantemente. Todas las ediciones en vida de Freud son "corregidas y aumentadas" y el aparato bibliográfico que la respaldaba, pasó de 80 títulos en la Primera Edición, a casi 500 en la Octava².

Es que *La interpretación de los sueños* (en adelante *LIS*), es una "obra abierta" y en permanente -y por momentos

¹ Freud, S. *La interpretación de los sueños*, Amorrortu, Buenos Aires, 1979, Tomo IV de las *Obras Completas* (en adelante O.C), traducción directa del alemán de José L. Etcheverry, pág. 115. En adelante citaremos según esta versión castellana, que sigue el ordenamiento y anotaciones de la canónica inglesa *Standard Edition (1958)* y es la mejor traducción disponible al momento en nuestra lengua. Tenemos no obstante a la vista el original alemán de las *Gesammelte Werke* (18 volúmenes), Volúmenes 1-17, Imago Publishing Co., Londres, 1940-1952; volumen 18, S. Fischer Verlag, Frankfurt, 1968.

² En carta a André Bretón del 14 de diciembre de 1932, Freud le dice explícitamente que de las bibliografías se encargaba Otto Rank, a partir de la Tercera Edición alemana (1911).

desordenado- crecimiento. Otto Rank, que le ayudaba en la confección de las Bibliografías, de pronto ingresa dentro de ella como una suerte de "autor invitado". Desde la Cuarta a la Séptima Edición alemana (o sea de 1914 a 1922), se publican al final del Capítulo VI, dos ensayos suyos que en la Octava ya desaparecen. Otro invitado era W. Fliess -aunque esta vez desde afuera del *corpus* propiamente dicho- ya que durante los cinco largos años de maduración y maceración de la obra, Freud le remitía a su amigo con regularidad las pruebas para su crítica, y consideran los historiadores que aquél ejerció gran influencia en la forma definitiva que adoptó el libro editado.

Como si ese crecimiento y apertura permanentes no fueran suficientes, esta "obra abierta" se reeditaba la mayoría de las veces con las advertencias de su propio autor, acerca de que ya no representaba su pensamiento actualizado en la materia³. Singular reconocimiento -a pesar de todo- de la atracción y el respeto que LIS ejercía sobre él. Es que como lo reconociera muy gráficamente -en el "Prólogo a la Tercera Edición Inglesa, revisada", de 1931-: "Un *insight* como éste no nos cabe en suerte sino una sola vez en la vida". Golpe de suerte -y no de 'gracia'- que Freud no olvidaría jamás. Amó a este libro, casi como a ningún otro.

Y no sólo se trata de una obra abierta, sino también *postdatada*. Pequeña pero significativa "trampa" que el autor se permite, "para que apareciera como del nuevo siglo"⁴.

³ Su "Prólogo a la Tercera Edición" (1911) y a la Quinta (1918), son explícitos al respecto.

⁴ Reconocimiento que Freud termina haciendo al pasar en 1932, en un segundo trabajo sobre J. Popper-Lynkeus (cf. O.C. XII, 203). Situación luego vuelta a documentar con la publicación de su *Correspondencia* con Fliess donde -en una carta del 5 de noviembre de 1899, numerada como 123- le dice a éste, "ayer finalmente apareció el libro". Es decir que el 4 de noviembre de 1899 LIS estaba en librerías, ¡aunque con pie de imprenta 1900! Y más aún -según deduce J. Strachey del estudio pormenorizado de esa *Correspondencia*- Freud "habría recibido dos ejemplares por anticipado quince días atrás, uno de los cuales le había enviado a Fliess como regalo de cumpleaños" (cf. O.C. IV, 5).

Sobre esta *Correspondencia Freud-Fliess*, resulta también de interés el "Estudio Preliminar" de E. Kris, publicado en el volumen *Los orígenes del Psicoanálisis*, S. Rueda, Buenos Aires, 1956.

Tanto era la esperanza que el entonces joven médico judío vienés -como muchos otros de sus contemporáneos- tenía en él. La historia de su primer tercio -que llegaría a presenciar- se encargaría de desilucionarlo amargamente.

Sin embargo, aún en medio de todo ello, *LIS* no dejó de crecer y multiplicarse, así como sus ideas centrales fueron ulteriormente perfeccionadas y desarrolladas. Aquél inicial golpe de suerte, se volvió una *técnica* y una *teoría de la interpretación* que aún no cesa de sugerirnos cosas.

Sobre ese campo hermenéutico, del que el Psicoanálisis participa por derecho propio y tradición histórica desde 1900, quisiéramos aquí señalar algo.

1. Freud frente a la tradición hermenéutica.

El Psicoanálisis no se inscribe precisamente en una tradición continuista dentro de la historia de la psiquiatría y de la psicología, sino de *ruptura* (ontológica y epistemológica) con aquéllas⁵. Emerge “maldito” por la ciencia oficial de su época y continuará así por mucho tiempo. De aquí que Freud -prematuramente retirado de la actividad de laboratorio y de la vida académica universitaria- se preocupara inicialmente tanto por defender como “científico” lo que venía elucubrando en materia de psicopatología. Todavía pesaban en su valoración del saber, los duros cánones aprendidos en los cinco años recientes (1876-1881) como investigador del entonces célebre Instituto de Fisiología de Viena, bajo la dirección de Ernest Brücke, el principal representante en esa ciudad de la escuela mecanicista de Helmholtz. Casualmente el período de elaboración y maduración de *LIS* es a partir de 1881 cuando -apremiado “por necesidades económicas”, según él mismo

⁵ Utilizamos los conceptos epistemológicos “continuidad”, “ruptura” y “paradigma”, en los sentidos básicos que estos tienen -por ejemplo- dentro de las obras de Th. Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas*, FCE, México, 1985 y *La tensión esencial*, FCE, México, 1982; y en I. Lakatos, *La metodología de los programas de investigación científica*, Alianza, Madrid, 1983. Amén de la noción de “obstáculo epistemológico” en Gaston Bachelard.

cuenta- se doctora en Medicina y comienza a ejercer la profesión en su consultorio privado, poniéndose así en contacto con la clínica, dominada ésta, a su vez, por un paradigma netamente biologista en lo que hace a la comprensión y tratamiento de las “enfermedades mentales”⁶.

Su problemático diálogo con ese paradigma, lo colocaba en una situación dilemática muy similar a la que el joven Nietzsche mantuvo poco antes con la filología y la filosofía, Marx con la economía clásica y Kierkegaard con la teología oficial. Violentas tempestades, amores y odios recíprocos, encuentros y desencuentros sucesivos y una previsible *ruptura* final, cuando lo nuevo que emergía en sus pensamientos ya no podía ser expresado en los términos y valores de la ciencia de la época.

Precisamente *LIS* es el nombre propio de esa ruptura freudiana, consumada en 1900 pero precedida de una serie de síntomas que la venían anunciando y explicitando⁷. En ella se concreta un punto de no retorno que obliga a duplicar la apuesta, para que aquél “golpe de suerte” no se transforme en golpe de gracia. Salto al *abismo* (*Ab-grund*) que él mismo ha creado.

⁶ La tónica psiquiátrica de la época puede advertirse con toda claridad en el muy divulgado *Compendium*, publicado en 1883 por Emil Kraepelin (1856-1926), en el que se materializaba clínicamente el famoso acerto de Wilhelm Griesinger (1817-1868): “*Las afecciones mentales son afecciones cerebrales*”. Acerto biologista que hizo y sigue haciendo “escuela”, aún hasta nuestros días. Téngase en cuenta que todavía en febrero de 2000 el ministro de Sanidad de los EUU, David Satcher -en el marco de la multitudinaria reunión anual de la Asociación Americana para el Avance de la Ciencia, realizada en Washington- afirmó que “es preciso dejar de considerar a las enfermedades mentales como distintas de las físicas, porque en los últimos 25 años la ciencia ha demostrado que los trastornos mentales tienen origen físico”. Los laboratorios medicinales, de fiesta por cierto, ante el festival químico en pleno curso sobre el cerebro humano y sus conductas (la “generación Prozac”). Al parecer el título general de esa reunión (“La ciencia en un milenio incierto”) no mellaba a la dura epidermis de la psiquiatría clásica, con la cual Freud ya discutía en 1890.

⁷ Dos ejemplos muy claros de estos síntomas de ruptura con aquél paradigma biológico, pueden encontrarse en los trabajos previos a *LIS*, publicados como *Las neuropsicosis de defensa* (de 1894, ver OC, III, 47-61) y el *Proyecto de una psicología para neurólogos* (de 1895, en OC, I, 339-389).

Compréndase entonces que proponer la *interpretación* de los sueños como técnica para el tratamiento de las enfermedades mentales –en aquel marco preponderantemente positivista y mecanicista- no era por cierto lo “científicamente correcto”. Sin embargo aquí está el nudo de la propuesta freudiana: la *interpretación*, la *hermenéutica*.

En LIS Freud parte de una definición propia de este concepto, que dice: “interpretar un sueño significa indicar su ‘sentido’ “; precisando de inmediato que ello implica poder, “sustituirlo por algo que se inserte como eslabón de pleno derecho, con igual título que los demás, en el encadenamiento de nuestras acciones anímicas”. Y sabía muy bien que esto lo contraponía irremediablemente con “las teorías científicas sobre los sueños...(que) no dejan espacio alguno al eventual problema de su interpretación” (OC, IV, 118).

Por esto la primera cuestión consistirá en jerarquizar, tanto el *campo hermenéutico*, como la *técnica* para recorrerlo. Y aquí viene su elección de confrontar con la tradición histórica de la hermenéutica, para desde allí fundamentar una perspectiva propia. Y si bien sus consideraciones están primordialmente referidas al “material onírico”, sin embargo de ellas pueden extraerse –interpretando, a su vez- su propia *teoría de la interpretación*, lo cual es aquí nuestro interés específico.

Lo primero será deslindarse de lo que denomina las formas “anagógica” y “simbólica” de la interpretación; es decir de consideraciones *exógenas* al propio campo hermenéutico, para quienes la clave interpretativa es ubicada fuera de él⁸. Según estas posturas interpretar sería, o bien remitir el material onírico a lo “espiritual” que éste representaría (“*anagogía*”, del griego, *ánágo* : conducir hacia lo alto); o bien, remitirnos a otra cosa o cuestión que vendría a

⁸ Tesis en su época defendidas –entre otros- por H. Silverer, con quien Freud polemiza explícitamente (OC, IV, 518). Las obras de Silverer a las que Freud se refiere, están consignadas en la Bibliografía anexa a LIS, cf. OC, IV, 697.

“explicar” el sueño, a darnos su secreto (“simbólica”). Ni lo uno, ni lo otro, ya que: “*El sueño es una formación plena de sentido*”, que no requiere en consecuencia explicaciones exógenas de ninguna naturaleza (ni de vía “superior”, ni “inferior” u oculta). Interpretar es, por el contrario, *recorrer el sentido*, sin sustituciones y según una gramática ínsita en el propio campo hermenéutico. La interpretación no es entonces para Freud una tarea “metafísica”, sino una *lógica del sentido* y como tal se inscribe dentro de ese campo problemático que –después de la enorme totalización hegeliana– dio origen a la denominada “escuela de la sospecha”. Comprensión malévola del signo que ya no se inscribe totalmente en el discurso ilustrado moderno, sino en el acontecimiento (*Ereignis*) de su *consumación*, es decir de su agotamiento y a la vez de su superación. Paradójica situación que desde mediados del siglo XIX modela lo propiamente “contemporáneo”, siempre más amplio que el presente inmediato. Tiempo *inter-medio* sobre el cuál estamos.⁹

El segundo rechazo freudiano –relacionado también con la distinción anterior– es a lo que denomina la “interpretación abstracta” (aquélla que el soñante da de su propio sueño) y apuesta, en cambio, a favor de una “interpretación concreta” (la que hace el experto, el hermeneuta, al descartar lo evidente y dirigirse “*al material deslizado debajo*”. (Cf. OC, V, 518). O sea que, topológicamente hablando, interpretar es *profundizar* (y no “elear”) y esto es una habilidad (*areté*) propia de quien

⁹ La expresión “escuela de la sospecha” ha sido utilizada sucesivamente por Paul Ricoeur (*D’ la interpretation. Essai sur Freud*. Seuil. París, 1965) y por Michael Foucault (“Nietzsche, Freud, Marx”, en AA.VV. *Nietzsche*, de Minuit, París, 1968). En cambio, lo de “consumación” y “modernidad consumada”, son expresiones nuestras, que comenzamos a utilizar a comienzos de la década del ‘90 como alternativa hermenéutica y crítica a la generalizada (y equívoca) expresión “postmodernidad”. Entre otros lugares, hemos establecido las novedades y las diferencias entre estas expresiones en nuestros trabajos “Sobre ideas e ideologías en medio de la crisis” y “El final de la historia en los tiempos de la modernidad consumada” (publicados ambos en *Revista de Filosofía Latinoamericana y Ciencias Sociales*, nº 15/16 (1991) y nº 18 (1993) respectivamente) y en “¿Hacia una modernidad light?”. (en el volumen colectivo, *El pensamiento en los umbrales del siglo XXI*, Catálogos, Buenos Aires, 1994, págs.207 a 213).

se ejercita en una *técnica* (*tékne*) y no improvisaciones de un lego, ni mucho menos un recurso literario. Por esto mismo es que se afirma, "Nadie tiene derecho a esperar que la interpretación de los sueños le caiga del cielo", sino que por el contrario, "es preciso ejercitarse".

Ahora bien, el concepto de "técnica" que supone la teoría freudiana de la interpretación no se corresponde - estrictamente hablando- con la noción racional moderna de aquél término, sino que debemos pensar la técnica todavía como *tékne*, con todas las resonancias griegas de este término, que por cierto no se agotan en ser un mero "procedimiento", dispositivo o artificio práctico, al estilo de la ciencia moderna¹⁰.

La tercera prevención freudiana es contra lo que denomina la "interpretación de un solo golpe", alentando en cambio -la más humilde pero efectiva- "interpretación fraccionada del sueño" (cf. OC, V, 517). O sea que, frente a aquello que ya Hegel le criticaba a Schelling (el "instalarse de un pistoletazo en lo Absoluto", en vez de seguir pacientemente su deriva dialéctica), Freud propone la laboriosa modestia de volver una y otra vez, uno y otro día, sobre el vasto contenido del sueño. Precisamente porque el sueño "es un vasto trabajo de *condensación*" (OC, IV, 287), al que hay que descomprimir, desenvolver (*deconstruir*, diríamos hoy); una "*urdimbre*", lo llama también Freud (OC, V, 519), que debe ser recorrida con enorme paciencia y tenacidad

¹⁰ Pensada a la griega la *tékne*, es un "producir y un engendrar" absolutamente originales del hombre (raíz, *tek*). Por eso, más que un procedimiento prefijado o un determinado método a seguir, es una *habilidad*, en el sentido de una *virtud* (*areté*). Aristóteles la definía como un "hábito ordenado a la producción [al *emerger* de algo] conforme al *Logos*" (cf. *Ética*, 1140 a). Es decir que -por su conformidad esencial con el *Logos*- tampoco se ha divorciado todavía de la "teoría" y devenido una mera "práctica". Al contrario, la *tékne* originalmente entendida -y así resuena todavía en LIS- está indisolublemente unida a la teoría y a aquello que esta desea considerar y permitir emerger, desocultar. Ya que el verbo griego *teorein* -de donde deriva "teoría"- significa a su vez, "mirar o ver algo", para poder así "contemplarlo y "considerarlo".

hermenéutica¹¹. Y esto porque "la interpretación de los sueños *no termina* cuando tiene en sus manos una interpretación completa, una interpretación plena de sentido, coherente y que dé razón de todos los elementos del contenido el sueño". Al contrario, ¡desconfiemos de estas "interpretaciones completas"!, ya que "para el mismo sueño es posible que haya otra, una sobreinterpretación que se le escapó" (OC, V, 517).

Es así que, con esta idea de la interpretación *fraccionada* y en *urdimbre*, Freud se inscribe de manera más amplia, dentro de aquella tradición filosófica que entenderá la hermenéutica como *tarea* (siempre abierta e inconclusa), como *camino* (vía), antes que como refugio; como *entretrejado* prácticamente inagotable, antes que como sistema o modelo cerrado y autosuficiente. La interpretación no desembocará así en una "verdad" (en el sentido latino de una *veritas*, de una "adecuación entre el intelecto y la cosa"), sino que verdadero será el ríspido y contradictorio camino de la propia *manifestación/ocultamiento* del ente (la verdad, una vez más pensada a la griega, como *alétheia*, como *desocultamiento* de la cosa, más siempre precario y amenazado por el olvido). De aquí que la interpretación, cierta y posible, no nos instale de un solo golpe en lo Absoluto sino que, fraccionada y por escorzos, nos aproxima a lo que ya desde Aristóteles se consideró que advenía "de múltiples maneras al brillo del *aparecer*"; eso que luego impropriamente condensaremos en la palabra "ser" (*ousía*).

Lo que "es", ciertamente y como lo quiere la ciencia. Pero no ya entonces reducido a lo que está "ante los ojos" o "a la mano", sino como la fugaz *presencia*, amenazada siempre desde una raigal e inextirpable *ausencia*. Juego ontológico de la "verdad", que deberemos tener muy en cuenta al

¹¹ Aconsejaba Freud al aprendiz de "intérprete", seguir fielmente con aquella cláusula que su admirado Claude Bernard había impuesto en el Laboratorio de Fisiología: "*Trabajar como bestias*"; desconfiando de todo repentismo y de toda improvisación en el arte de la interpretación.

considerar, más adelante, su metáfora sobre el "ombbligo del sueño".

Y también por todo esto, Freud rechaza la idea de la interpretación como un "descifrado". Precisamente, porque interpretar no es remitir los signos a equivalencias fijas, en una suerte de "traducción puramente mecánica", tipo Libro de los Sueños, cartas u horóscopos (cf. OC, IV, 118/119). Así como también habrá de rechazar la idea de una "interpretación simbólica", aquí presentada como la sustitución incorrecta de un sueño (tomado como un todo), por otro de contenido simple y análogo (tal como José interpretó, en el relato bíblico, el sueño del Faraón sobre los siete años de vacas gordas y flacas). Esto porque, es bueno reiterarlo, interpretar no es reemplazar, ni traducir mecánicamente, sino recorrer con paciencia y humildad hermenéutica, "*una formación plena de sentido*"¹².

Podríamos seguir expurgando mucho más las nociones de "interpretación" que Freud ensaya en *LIS*, pero vasta a nuestro propósito con las consignadas hasta aquí. A través de ellas podemos resumir ahora su comprensión básica de la tarea hermenéutica y la forma como ésta lo ubica dentro de una larga tradición filosófica. Dicho ahora por la positiva, interpretar para Freud es: a) recorrer, según su propia lógica, una formación plena de sentido; b) un deslizamiento "hacia abajo", a partir de las sospechosas manifestaciones visibles; c) una ardua técnica (*tékne*) con requerimientos específicos y puntuales peligros a sortear; y d) una tarea siempre abierta e inacabada que, en cuanto tal, implica un cierto camino de aproximación a la verdad (*alétheia*).

En esto consiste, fundamentalmente, el método propuesto en *LIS*, como "vía regia hacia lo inconsciente": la hermenéutica. No es poca cosa por cierto y esto explica, tanto

¹² Para Freud esta "interpretación simbólica" y aquel "método del descifrado", son los dos recursos de que se valió "el mundo de los profanos" para interpretar los sueños (cf. OC, IV, 118). A ambos le pone su propio camino, que autobiográficamente consigna en *LIS* (cf. OC, V, 122/123).

la alegría por ese “*insight* que se da una sola vez en la vida”, así como aquella carta al infaltable Fliess (posterior al “sueño de Irma”), en la que, bromeando, propone que en la casa de tal “revelación”, debiera colocarse una placa con la inscripción: “El 24 de julio de 1895, el secreto de los sueños, fue revelado al Dr. Sigmund Freud”. Imposible no recordar a Descartes y su célebre “revelación” (¿o sueño?) junto a la estufa¹³.

Si así fuera, una “revelación” (la de la *duda metódica*) habría servido de base a la constitución del sujeto moderno (el *ego cogito*) y la otra - casi tres siglos después- a su lógica sospecha y a su consecuente *deconstrucción*. Vaivenes extremos del programa ilustrado, en el cual la tensión de la cuerda unen a Descartes y a Freud.

2. El ombligo del sueño: “final” de la interpretación.

No suele prestarse la debida atención hermenéutica al epígrafe latino que Freud puso debajo del título de *LIS*. Este dice: “*Flectere si nequeo superos, Acheronta movebo*”; verso de Virgilio cuya traducción usual reza: “*Si no puedo inclinar a los Poderes Superiores, moveré las Regiones Infernales*”(Eneida, VII, 312).

Por las siempre invalorable y precisas referencias históricas de J. Strachey, nos enteramos que Freud –en carta a Werner Achelis del 30 de enero de 1927- confiesa haber tomado la cita del socialista alemán Ferdinand Lasalle (1825-1864), proponiéndole a su vez como traducción (con sentido) de “*Acheronta movebo*”, la de “*remover el mundo*

¹³ Nos referimos a aquella noche del 10 al 11 de noviembre de 1619, en la que Renato Descartes -en “cuarteles de invierno”, en la pequeña aldea Neuburg, cerca de Ulm- “no encontrando conversación alguna que me divirtiera y no teniendo tampoco, por suerte, cuidados ni pasiones que me turbaran, permanecía todo el día encerrado junto a una estufa, con todo el ocio necesario para entregarme a mis pensamientos”, y es así que encuentra el camino central de su método: la *duda* y de allí en más los pasos necesarios para reconstruir la razón heredada. (cf. Descartes, R. *Discurso del Método*, Segunda Parte). Estaba tan contento y agradecido por la “revelación” -¡utiliza la misma palabra que Freud!- que promete de inmediato, y así lo cumple, ir en peregrinación al santuario de la Virgen de Loreto y dar las gracias.

subterráneo”, agregando: “En mi caso, pretendí meramente destacar con él lo más importante de la dinámica del sueño. El deseo rechazado por instancias mentales superiores (el deseo onírico reprimido) remueve el mundo mental subterráneo (inconsciente) para ser oído”. Agregando a continuación una significativa advertencia, bajo la forma de una pregunta retórica: “¿*Qué puede usted encontrar de ‘prometeico’ en esto?* (cf. OC, IV, 17, nota 1).

O sea que tal epígrafe latino, no sólo no es un recurso literario más para “vestir” la obra en su portada, sino que condensa –según Freud- la propuesta original de ella. Esto es, la metáfora virgiliana acerca de la lucha entre Poderes Superiores y Regiones Infernales, debe ser leída como la *dinámica del deseo*, su rechazo (“superior”, consciente) y su consecuente trabajo subterráneo (“inferior”, inconsciente). Palabras todas éstas que no deben a su vez pensarse jerárquicamente, ni en lucha redentora entre sí (“prometeica”), ni mucho menos como rebelión o revancha, ni como descarte, sino como *ámbitos (topoi) diferentes y, a la vez (“subterráneamente”) conectados*. Segundo plano al cual el hombre puede acceder y en cuyas sombras –al menos como reflejo fugaz- se entrevé el sol ennegrecido del primero. Metáfora también con una larga historia dentro del pensamiento de Occidente ¿Cómo no recordar por ejemplo la caverna platónica?, aunque por cierto en Freud completamente desligada de la carga ética y ontológica que esos lugares tienen para Platón (cf. *República*, libro VII).

Reconocimiento por lo demás de la *finitud* humana que funda, a su vez, una consecuente *humildad gnoseológica* (no le es dado al *finito*, conocerlo *todo*), de la cual el Psicoanálisis es una curiosa muestra contemporánea; una *rara avis* dentro de ciencias que pretenden conocerlo todo, sino hoy, mañana, y en función de un “progreso” constante.

“Todo”, no puede ser conocido y esto no sólo por un límite propio del hombre, sino porque –como decía el viejo

el paciente, es necesario bajar la *censura* que pesa sobre ese mismo relato. Si en poesía era necesario retirar la guardia pretoriana del entendimiento sobre la imaginación, aquí es necesario vencer la *resistencia* que pesa sobre ciertas “representaciones involuntarias” (no deseadas por el narrador, dado su contenido inquietante y problemático) y favorecer el que se hagan “voluntarias”.

Así, interpretar es *abrirse a lo que adviene*, aun en su incompreensión y fragmentariedad, desconfiando de toda totalidad cerrada y autosuficiente. Es un acto, al mismo tiempo, de libertad y de liberación de los sentidos, del cuerpo todo. Una *escucha* donde el intérprete parafraseando a otro poeta —esta vez al mexicano Octavio Paz— bien podría advertirle a su interlocutor: “No lo que dices/ lo que callas es lo que dices”. Y *eso* es precisamente el imposible que se le pide: lo que queda callado en el decir, lo que *se da a decir* en lo hablado y al mismo tiempo en él queda censurado. Oquedad de la palabra que se hace ombligo atado a lo inaccesible. Final de la interpretación que es, a un tiempo, final de la palabra. En consecuencia, no muerte sino apertura al misterio. No fracaso, sino emerger de nuestra muy humana finitud.

Freud sabía muy bien que “los sueños se asientan en lo no conocido” —al menos por nosotros, sus intérpretes— y que por eso, llegar allí era llegar a ese punto cero que metafóricamente llamó “*el ombligo del sueño*”. Instante en que “es preciso a menudo dejar un lugar en sombras”, porque “de ahí arranca una madeja de pensamientos oníricos que no se dejan desenredar” (OC, V, 519). Ellos, que no nosotros. Al igual que a la *fysis* del viejo Heráclito, a los sueños “les gusta ocultarse”. Y contra ese gusto, nada puede nuestra voluntad racional de conocimiento progresivo y constante.

Por eso es necesario *proteger* ese ámbito de misterio de lo simbólico, esa radical ambigüedad semántica con la que el sueño nos pone en contacto fugaz. Allí hay un tesoro, un reservorio de sentido, que debe ser preservado. De aquí que la

interpretación en su búsqueda no "triunfa" según los cánones epistemológicos de la Ilustración (*saberlo todo*), sino según su propia medida: sospecharlo todo, saber algo y así seguir avanzando, en una media luz que si bien nunca nos permite identificar plenamente, sí nos posibilita ir *reconociendo* cada vez mejor (no mas, sino *mejor*).

Círculo hermenéutico (no vicioso, sino *virtuoso*) donde el ser y la nada, el saber y la ignorancia, el hoy y el ayer, al penetrarse permiten -está claro- un cierto "progreso", a condición de que a éste no se lo entienda lineal y acumulativamente, sino con aquéllas características que la geometría le otorga a la figura del *espiral*: la de ser una curva plana que gira indefinidamente alrededor de un punto (que bien podríamos aquí denominar *ombbligo*), pero alejándose a su vez de éste constantemente. Alejamiento que se lleva a cabo de manera no caprichosa ni azarosa, sino como distancia variable según una determinada ley (o *sentido*); ley en función de la cual se obtienen los diversos tipos de espiral posible (logarítmica, hiperbólica, de Arquímedes, etc.).

Tal era el sentido profundo de la búsqueda hermenéutica en Freud y en aquella incipiente técnica psicoanalítica: la reiterada búsqueda de esa *regla de distanciamiento* que genera tanto la espiral como -en su variación constante- las diferentes formas que ésta puede ir adquiriendo. Frente a una psiquiatría que hacia fines del siglo XIX -y ante lo que se denominaba genéricamente "afecciones mentales"- ya se había acostumbrado a la impotencia terapéutica y sólo ofrecía paliativos (no pocas veces crueles), el Psicoanálisis abría una esperanza y una posibilidad con su técnica de interpretación de los sueños. Tal su peculiar impronta "científica" y la voluntad explícita de su autor (un médico): curar esas afecciones, o al menos atenderlas de un modo por completo

diferente. Explícita *voluntad terapéutica* que diferencia a la hermenéutica psicoanalítica de la poética y de la filosófica¹⁵.

Para ello era necesario llegar hasta el "ombligo", comprender con cierto detenimiento cómo desde allí se generaba la espiral de las neurosis y las psicosis y cómo -bajo ciertas condiciones- era posible tratarlas y eventualmente curarlas. Esa *vía regia* era la interpretación de los sueños y el territorio donde -hasta cierto punto- ella permitiría acercarnos llevaría de aquí en más el (equívoco, ¡como no podría ser de otra manera!) nombre de *Inconsciente*.

¹⁵ No siempre se advierte con claridad esta diferencia básica entre la hermenéutica psicoanalítica y las de otro tipo (literarias, poéticas e incluso filosóficas), produciéndose entonces confusiones y malentendidos que complican inútilmente las cosas. La *voluntad terapéutica* de aquella -independientemente de que se concrete o no- le da un sello propio frente a otros ejercicios hermenéuticos donde la comprensión y la interpretación no están necesaria ni primordialmente puestos en la dirección de la cura. Lo cual por cierto no establece jeraquías de ningún tipo, pero sí diferencias apreciables que no deberían ser ignoradas ni minimizadas.

diferente. Explícita *voluntad terapéutica* que diferencia a la hermenéutica psicoanalítica de la poética y de la filosófica¹⁵.

Para ello era necesario llegar hasta el "ombligo", comprender con cierto detenimiento cómo desde allí se generaba la espiral de las neurosis y las psicosis y cómo -bajo ciertas condiciones- era posible tratarlas y eventualmente curarlas. Esa *vía regia* era la interpretación de los sueños y el territorio donde -hasta cierto punto- ella permitiría acercarnos llevaría de aquí en más el (equívoco, ¡como no podría ser de otra manera!) nombre de *Inconsciente*.

¹⁵ No siempre se advierte con claridad esta diferencia básica entre la hermenéutica psicoanalítica y las de otro tipo (literarias, poéticas e incluso filosóficas), produciéndose entonces confusiones y malentendidos que complican inútilmente las cosas. La *voluntad terapéutica* de aquélla -independientemente de que se concrete o no- le da un sello propio frente a otros ejercicios hermenéuticos donde la comprensión y la interpretación no están necesaria ni primordialmente puestos en la dirección de la cura. Lo cual por cierto no establece jeraquías de ningún tipo, pero sí diferencias apreciables que no deberían ser ignoradas ni minimizadas.